

de la civilización, fué siempre uno de esos lugares en que los hombres se congregaron á impulsos de la necesidad de tratarse y ayudarse, donde el amor y el odio, las más sublimes y bajas pasiones, mantuvieron viva esa especie de combustión moral que crea, desarrolla y afirma los sentimientos, ideas é intereses cuyo conjunto forma la historia.

Aldeas existen en España cuyos nombres figuran ya en los libros de geógrafos ó historiadores latinos, que sin crecer ni menguar visiblemente, han llegado á nuestros días y llegarán á la consumación, en virtud de lazos más fuertes que el hierro, de los lazos del amor inquebrantable que unen aquí las gentes á su terruño. Esas aldeas seguirán sin menguar ni crecer, viendo en su altiva humildad hundirse cien veces en la nada ciudades como las que por arte de magia levantan en América y Oceanía las ambiciones y apetitos babilónicos

del comercio moderno, y casi todas poseen una historia moral gloriosísima, con cuyas obras se envanecerían esos pueblos nuevos.

Y si tantos lugares y aldeas de la antiquísima España se ofrecen al historiador con el interés que les prestaron sus hijos ilustres, los hechos memorables en que influyeron y de que fueron teatro y la majestad de los siglos, ¿qué diremos de ciudades como Valladolid, centro á donde converge la vida nacional desde que la monarquía de Oviedo y León se lanza segura de sus fuerzas al través de las llanuras castellanas?

La muerte de Almanzor y el aniquilamiento del califato de Córdoba al fin del siglo x facilitaron el acrecentamiento del poder cristiano, que á mediados del XI pudo consumir la posesión de las llanuras castellanas.

En 1034 fué repoblada Palencia. En 1102 Salamanca, por el mismo tiempo Zamora y en

1170 Ciudad Rodrigo. Valladolid tuvo su campador en el conde Per Ansúrez, que la poseía en tiempo de Alfonso VI y la engrandeció con fundaciones y monumentos. En 1231 pasó al dominio de la corona, y desde entonces comenzó á influir notablemente sobre las comarcas vecinas, siendo predilecta residencia de los reyes castellanos, centro de la monarquía en períodos de grandes tristezas y de gloria, cuyas vicisitudes compartieron con ella Peñafiel, Olmedo, Medina del Campo, Simancas, Tordesillas, Villalar, Medina de Rioseco, ciudades, villas y aldeas que conservan casi intacto el imponente y monumental aspecto con que desempeñaron su importantísimo papel en los azarosos períodos de la formación de nuestra nacionalidad.

Al arte bizantino, que por entonces florecía, se deben la incomparable catedral de Zamora, las de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Toro y la

de Valladolid, destruída para erigir la de Herrera. Las colegiadas, parroquias é iglesias de Dueñas, Carrión, Aguilar de Campoó, Benavente, Arroyo, Villamuriel, Fromista. Conventos como el de los Templarios de Villalcazar de Sirga y otros. Monasterios como el de Aguilar de Campoó y multitud de ermitas, abadías y prioratos que han llegado hasta nuestros días y hacen á esta región de España la más monumental é interesante, en la que no existe aldea que no haya albergado á la corte en aquellos férreos tiempos, ni castillo que no haya resistido sitios y asaltos de la morisma primero y de los bandos civiles después, custodiado á prisioneros de calidad ú hospedado á príncipes y reyes, ni paraje cuyo nombre falte en las crónicas del tiempo, figurando después como apellido de los héroes que llenaron el mundo con sus hazañas ó como título de las casas cuya grandeza rivalizó con la del tro-

no, aún en los días de los Reyes Católicos.

Como centro de esta comarca en donde el idioma, la religión, el arte, la guerra, política é industria nacionales se fraguaban recibiendo el característico sello de su grandiosa austeridad, continuó siendo Valladolid teatro de las tristes minorías de Fernando IV y Alfonso XI, entre cuyas sombras brilla el alma incomparable de D.^a María de Molina, del brillante reinado de D. Juan II y de la gloria de los Reyes Católicos. Soportó las revueltas de las comunidades, acrecentó su poder é importancia en los reinados de Carlos I y Felipe II y aunque por corto plazo fué corte de España en tiempo de Felipe III.

Lugar en donde nuestras más gloriosas memorias dejaron para siempre sus huellas; si la buena sangre y los timbres que más honran á la humanidad son garantías de porvenir, la nobilísima capital de Castilla tiénelo asegurado

porque lejos de entregarse á la perezosa contemplación de sus pasadas grandezas, entiende que el trabajo es el único camino para la salud y prosperidad de los pueblos; marchando hoy como antes al frente de su comarca en el cultivo de la agricultura, aplicaciones de la industria moderna y estudios científicos y artísticos.

Mucho sufrió durante la guerra de la Independencia en su riqueza y monumentos; pero los 30,000 habitantes con que ha acrecentado su población durante los últimos cuarenta años, dan idea de la rapidez con que se ha repuesto de aquellos desastres y los que les sucedieron.

Hoy conserva su importancia monumental en edificios como Santa María la Antigua, inestimable joya fundada en 1088 por el conde Per Ansurez. El magnífico é imponente San Benito, que conserva la grandiosa robustez del primitivo alcázar cuyo lugar ocupa. El convento

de San Agustín El de San Pablo, maravilla del arte gótico, tesoro de recuerdos desde los tiempos de D. Juan II hasta los del cardenal duque de Lerma, su restaurador. El colegio de San Gregorio, que patentiza la influencia del gusto mamelino portugués. El convento de la Magdalena. La iglesia de las Angustias. La catedral, de Herrera. El colegio de Santa Cruz. La Audiencia, antiguo palacio real. La casa Ayuntamiento. La Universidad, institución trasladada de Palencia á Valladolid por San Fernando, de churrigueresca fachada, fuerte y sólida, donde aparecen como elementos de decoración las estatuas de sus fundadores y protectores. Muchas interesantes iglesias, palacios y casas solariegas y gran número de edificios descuidados ó en ruinas. La plaza Mayor, que como gran número de espaciosas y largas calles, conserva los soportales, bajo los que se cobija lo más importante del comercio, y la multitud

de detalles arquitectónicos que enriquecen á todas nuestras ciudades antiguas.

Figura al frente de las obras que han modernizado á Valladolid el teatro de Calderón, tal vez el más grandioso de España; los barrios modernos construidos donde existían antiguos arrabales, y obras de embellecimiento y policía como grandes paseos, adoquinado de calles y otras que dan á la ciudad, alegrada por la corriente del Pisuerga, saneada y embellecida por sus alamedas, huertas y plantaciones, el riente aspecto de población moderna.

En el viejo solar castellano de las crónicas en que se agita con ardentísima vida la raza combatiente; de entre el polvo apenas aplacado de tantas batallas y ruinas; misterioso y gentil como las orientales cúpulas que coronan los templos de Zamora y Salamanca; prolijo y afilligranado como los pórticos bizantinos de las basílicas é iglesias castellanas; sintiendo en sus venas la altivez española de un Cid ó un Per Ansurez y la religión de sus progenitores, melancólico como sus ruinas, nació en Castilla el poeta, el genio que había de inocular en el espíritu de la España nueva la leyenda antigua. Gloriosa leyenda de heroicos padres que agiganta á los hijos y los sella con la marca de raza. Nació Zorrilla y dotó al idioma más elocuente de elocuencia nueva y divina, de rramada de sus augustos labios por toda la redondez de la tierra, y ahora, del Ayuntamiento de la misma Valladolid parte en pago

de tanta honra un ridículo saetazo contra el sol de su gloria.

Pecado tan ruin que ni nombre tiene y de que el pueblo castellano y su prensa sabrán lavarse.

Abril de 1895.

TOLEDO

TOLEDO

Rodea el Tajo á Toledo en dos tercios de su
perímetro, de modo que la rocosa montaña
sobre que se levanta forma como una gran pe-

nínsula. De las orillas, donde existen tenerías y molinos, arrancan agrias y casi inaccesibles pendientes, sobre las cuales se contemplan intactas por muchos puntos las murallas y torreones, que además de su elevada situación hacían inexpugnable á Toledo.

En el fondo se ven las ruinas del antiguo castillo de San Servando, que constituyen una de las más venerables reliquias de nuestra historia. Edificólo Alfonso VI y en tiempo del VII de este nombre, siendo Alvar Fáña de Minaya caudillo de la ciudad, resistió largo asedio del ejército de Aben-Jusuf y otros después, defendido por los caballeros templarios, pero lo venció el tiempo, que apenas ha dejado intacta una de sus puertas formada por elegantísimo arco de herradura, tan bellamente trazado, que es digno de figurar en un museo.

A la izquierda se ve la ciudad. La ciudad de Toledo, situada en el centro de la gran médu-

la castellana de la cultura y nación españolas, que de mar á mar atraviesa la Península, desde Santander, Burgos, Palencia, Valladolid, Segovia, Avila, Toledo, Córdoba, Sevilla á Cádiz. Símbolo más que ninguna otra ciudad de la España de la Edad Media y del Renacimiento, por la riqueza extraordinaria de sus monumentos romanos, visigodos, árabes, góticos y clásicos, por haber sido uno de los grandes centros de formación de nuestro idioma, por sus ciencias, floreciente industria y rica agricultura, por converger en ella la vida oriental y occidental, fundidas en la España de los siglos XIV, XV y XVI, se nos ofrece como viviente estímulo de nuestro renacimiento moderno; de la reconquista de aquellas prosperidades antiguas que simboliza con sus monumentos, capaces por sí solos de servir de base para la regeneración artístico-industrial de la nación entera.

Aun para los que no han visto á Toledo, este nombre es símbolo de inacabables maravillas, cuya repetición parecería enojosa si hoy no supiera todo el mundo que de nuestra riqueza artístico-histórica tiene que arrancar la riqueza industrial y comercial de la España moderna. No se trata de poéticas descripciones cuyo tiempo pasó ya. Por ellas aprendimos á amar las grandes obras de nuestros padres, por ellas sentimos avivarse el orgullo legítimo de hijos de españoles y fortalecerse nuestra esperanza de nuevas prosperidades y grandezas, esperanza creciente, que cada día conmueve todos los ámbitos de la nación y hay que transmitir cien veces aumentada á nuestros sucesores y afirmada en la base de nuestros modestos éxitos.

Ya saben todos en España que estudiosos extranjeros recorren nuestras ciudades, villas y aldeas analizando la riqueza ornamental de

nuestros monumentos; que con estos estudios renuevan su agotado caudal de belleza artística con que engalan los productos de sus industrias, que después introducen en nuestro país á favor de tratados que negocian políticos desconocedores de nuestra industria naciente. Y cuando los extranjeros hallan tantos motivos de estudio en nuestros monumentos, hijos después de todo de un espíritu que no les es familiar, qué no hallaremos nosotros, que al descifrarlos podremos ir encontrando la satisfactoria y fácil concordancia de nuestros gustos y aptitudes con los de nuestros padres, creadores de tantas grandezas!

Por eso hay que repetir á los arquitectos, pintores, escultores, plateros, bronceístas, bordadores, tallistas, repujadores, ebanistas, cerámicos, á cuantos artistas y artífices se sientan obligados á contribuir á nuestra regeneración industrial, la enumeración de los monu-

mentos toledanos que deben ser escuela donde aprendamos á igualar y aún á superar con nuestros productos los de los pueblos modernos más sabios y trabajadores.

Ofrecen inagotables enseñanzas en Toledo el Cristo de la Luz, embrión de la gran mezquita de Córdoba y motivo de mil variaciones arquitectónicas. Las dos Sinagogas, Santa María la Blanca y El Tránsito, ésta sobre todo, debida al gran arquitecto hebreo Neir-Abdellí y costeada por el arquitecto del rey D. Pedro, Samuel Leví, maravillosa aún existiendo los prodigios de Córdoba y Granada. El taller del Moro, la casa de Mesa, los palacios de Galiana, la puerta del Sol y muchas obras mudéjares, como la casa de Mesa, palacio de los condes de Fuensalida, restos del alcázar del rey D. Pedro, ábside de Santa Fé, torres de Santo Tomé, la Concepción y otras y multitud de conventos y restos venerables de la arquitec-

tura mudéjar genuinamente española y única en el mundo.

El Alcázar, grandiosa creación de Covarrubias, Villalpando y Herrera. El magnífico hospital de Santa Cruz, donde Covarrubias hermanó en el estilo plateresco, tan explotable hoy en esta decadencia de la arquitectura, las bellezas del Renacimiento y del gótico. El vastísimo hospital de Tavera, palacio del Ayuntamiento, el del Arzobispo y otros particulares, algunas iglesias parroquiales y varias puertas de la ciudad que representan al Renacimiento español.

Más de sesenta edificios de todos los estilos entre conventos é iglesias, al frente de los cuales figura San Juan de los Reyes, cuya magnífica restauración se debe al insigne artista Arturo Mélida, y, como compendio la catedral gótica que cobija las artes de todos los tiempos.